

EL FÍGARO

Tomo I

SAN SALVADOR, DOMINGO 6 DE ENERO DE 1895

Num 12.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi

Víctor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaías Gamboa

OFICINA:

10ª Avenida Sur—Nº 93, altos

"EL FIGARO"

Periódico Literario

Se repartirá todos los domingos por la mañana
 Valor de suscripción, por mes: 18 centavos
 Número suelto: medio real
 Número extraordinario: 12½ centavos
 Centro-América y exterior, por semestre: \$ 2
 Los recibos de la capital se cobrarán después de vencido el mes
 La administración queda, de hoy en adelante, á cargo de la Redacción

La colaboración para "EL FÍGARO" será solicitada por la Redacción
 En ningún caso se devuelven originales

Medalla

HORTENSIA SALAZAR

"Fígaro" admirador de la belleza, adorador y devoto, hincó en tierra la rodilla y se quita su bonete de grana, para saludar á una princesa que pasa. Tiende su capa, para que sus pies remonísimos la pisen y dejen breve huella, huella de muchacha que huye de su novio que le quiere dar un beso.

Es Hortensia Salazar. Una morena revolucionaria, una sandunguera que tiene sol por sangre y que ha dejado olvidado, sobre el ónix de la mesa de su boudoir, el deslumbrante mantón de Manila, que en su fondo de seda, lleva bordado un rico aluvión de flores. Y en el tocador, entre los pomos de perfumes, junto al guante ajado, queda olvidado el clavel estallante, y entre las ondas del cabello negro, la *signorina* lleva prendida una rosa thé, flor de alabastro. No luce con garbo y bizarría la figurina estrellada de lentejuelas, ni sus labios se entreabren para botar, como lluvia de rosas, las picarescas canciones, que, frescas rosas, son también nacidas en los jardines de Andalucía.

Es de la tierra de Mignón, del país del sol. Sus ojos negros, de hondo mirar, son trasunto de las sombras de la noche de Niza, la ciudad [de las flores, canastita rebosante de liros, que dejó olvidada, al acaso, y á orillas del mar, una adorable aldeana, de ojos verdes y cabello muy negro: Colomba.

CONDE PAÚL

Espirita

Y os quiero hablar, señorita, de un libro viejo que, á pesar de haber rozado sus páginas, con sus alas, muchos años, se conserva nuevo, lleno de novedad siempre, lindo y cautivante. Es la eterna "nueva primavera" del poeta alemán.

Hablo de la "Espirita" de Teófilo Gauthier.

Y hablar de ella y de él, es echar cartas sobre mesa de mármol, es jugar al *ecarté* con el idealismo refinado y sutilmente delicioso.....
—¿Toma Ud., amigo mío, un chartreuse?
 ¿Fuma Ud. un cigarrillo?

Acerquemos las sillas al balcón y mientras contemplamos el paisaje hechicero que forma el jardín que se renace, despartamos un poco.—¡Con su permiso, señorita!

Espirita es la personificación del más puro, del más intenso amor. Espirita es el vestal que oficia en el altar de Eros y Psiquis, en el sagrado y solemne templo de una selva vasta y virgen. Camina entre nubes de mirra oriental y lleva señalada en su frente intacta, enredada entre sus espesos cabellos rubios, una guirnalda de rosas blancas. Es idealmente hermosa. Su cuerpo, que pasa á través de las páginas del libro, entre oleadas de estilo rico y maravilloso, parece tallado en mármol rosado, palpitante, de curvas fugitivas y contornos opulentos! ¡Oh, Espirita! Los senos núbiles, ruborosos, palpitan al impulso de extraño fuego interior y los ojos de un azul obscuro, azul de cielo otoñal en la hora del crepúsculo, tienen unas miradas vagas, indecisas, que buscan algo que nunca encuentran, algo que no está en este mundo. Es ella una musa de luz.

Cuando Malibert ve retratada la imagen de una novia desconocida en la luna del espejo veneciano, le sobrecoje una pasión mística, su alma se refugia en sí misma. Reza á la Venus sagrada, á la *ingota dea*, que habita un paraíso luminoso.

¡Ser amado por un espíritu! ¡Qué cosa más hermosa! ¡Qué amor más puro! No lo es más un arroyuelo que ha vivido sumido en la verdura de un bosque, intactas sus aguas, apenas tocadas, muy levemente, por el ala breve de un pájaro ó el pétalo seco de una flor, que va rodando. Debe ser hermoso amar así: vivir queriendo

una cosa imposible. Ver su cara risueña, sus ojos bellos, sus labios que reclaman besos, sus mejillas frescas, y no poder hacer nuestro, solo nuestro, todo aquel encanto. Besar una sombra... (ello os lo puede decir Malibert)... es un imposible. Sediento buscáis la copa del placer para saciar vuestra sed, y aquel vaso se esfuma, os deja burlado; pensáis cautivar con vuestras manos aquella cintura de avispa; y la visión se desvanece, como bruma sutil que rompen los rayos del sol.

Espirita!—Después de leer ese corto volumen, esas pocas páginas bellas, quedáis como sumido en un marasmo amoroso, inexplicable. Sentís que amáis vos también; que hay un espíritu, todo luz, que tiene fijos en vos los ojos; que tenéis ansias indecibles de besar algo que no es de este mundo, de acariciar una cabellera que brilla como madeja de débiles rayos solares. Y leéis una, dos veces. Y luego, sintiendo una honda nostalgia, más deseos, refrescáis vuestros labios en esa agua fresca y cristalina, apagáis, á soplos, esa hoguera que arde y que amenaza consumiros.

El dictado de Espirita es conmovedor, lleno de dulce tristeza. Ella le dice á su amado: "Es preciso que conozcáis al ser indefinible para vos que se ha deslizado en vuestra existencia. Cualquiera que sea vuestra penetración no llegaréis á analizar su verdadera naturaleza, y así como en una tragedia mal hecha, los héroes dan sus nombres, sus cualidades, referencias, me veo obligada á explicarme yo misma; pero con la excusa de que nadie puede hacerlo por mí"... Tras este preámbulo, breve, sigue el relato de su amor solitario y puro, de sus primeras alegrías y sus primeros dolores, de proyectos frustrados, la desilusión, el desengaño y luego, poco á poco, el final. La entrada en un convento, el dolor secreto, queriendo arrojar del alma, pero nunca conseguido; la enfermedad, la agonía y luego, la muerte, el alma que deja su cárcel terrena y se va, volando, volando, al espacio.

"La primera vez que os vi,—dice Espirita,—fué en el locutorio del convento de los pájaros, á donde fuisteis á ver á vuestra hermana que estaba de pensionista como yo, pero en clase superior, porque yo sólo tenía trece ó catorce años á lo más, y aún no lo parecía por lo pequeña, delgada y rubia. No parasteis mientes en aquella niña que á la vez que roía el chocolate escarchado de la *Casa Marquis*, que le había llevado su madre, os lanzaba una mirada furtiva."

Y así, sencillamente como una rosa temprana que rompe su cárcel de verdura, nació ese amor. ¡Bellos trece años que aman! La niña que roía chocolate y sentía ya en su pecho el roce del amor! Es lindo principio. Y sigue uno leyendo y va de belleza en belleza. Para este párrafo, una sonrisa; hay esperanza en el proyecto de Espirita para encontrarse con el esquivo objeto de su viva pasión. Y luego: para aquel otro párrafo, una lágrima; al ver cómo llora Espirita al frustrarse su proyecto. Lo subyuga de tal modo á uno la lectura, que no suelta ni un momento el libro de las manos.

La descripción de su agonía que hace Espirita, es hermosísima. Dice: "Cuando empezó mi agonía me acostaron en el suelo, con un saco de ceniza por almohada, única actitud propia de una sierva de Dios que entrega su polvo al polvo. Cada momento me faltaba más el aire, me ahogaba; una angustia extraordinaria me oprimía el pecho, el instinto de la naturaleza luchaba aún contra la destrucción; pero muy pronto aquella lucha inútil cesó, y con un débil suspiro se exaló el alma de mis labios."

Este es el final de Espirita, descrito con tanta verdad.

Y luego: el espacio, la región luminosa el imperio vasto del rey Sol. El viaje de una alma, una paloma encarástica, que va al cielo, que busca á Dios.

"No hay palabras humanas que puedan expresar la sensación de un alma que, libre de su cárcel corporal, pasa de una vida á la otra, del tiempo á la eternidad, y de lo finito á lo infinito. Mi cuerpo inmóvil y ya cubierto de esa blancura mate que es la librea de la muerte, yacía en su fúnebre lecho, rodeado de monjas que rezaban, pero estaba libre de él, como la mariposa de la crisálida, cascarón vacío, despojo informe que había abandonado para abrir mis alas á la luz desconocida y súbitamente revelada. A una intermitencia de sombra profunda había sucedido un deslumbramiento de esplendores, un ensanche de horizontes, desaparición de toda suerte de límites y obstáculos, que me empapaba de indecible alegría. La explosión de nuevos sentidos me hacía comprender misterios impenetrables al pensamiento y á los órganos terrestres. Libre de aquella arcilla sometida á las leyes de la atracción, me lancé, con loca velocidad, en el éter insondable. Las distancias ya no existían para mí y el simple deseo me llevaba donde quería ir. Tracé grandes círculos volando más rápidamente que la luz, á través del vago azul de los espacios, como el que toma posesión de la inmensidad, cruzándome con enjambres de almas y espíritus.

"Un raudal de luz brillante, como polvo de diamantes, constituía la atmósfera, y cada grana de aquel polvo lumínico era una alma....."

Pero basta. No nos adelantemos tanto. Mi única intención ha sido tomar algo del principio y algo del fin del manuscrito de Espirita para mostrároslos.

Después de muerta, amaba aún, tanto como en este mundo, á Guy de Malibert. Velaba por él, como una madre solícita; estaba constantemente á su lado, sin que él lo notara ni sospechara siquiera. Cuando el dichoso Guy dormía, el espíritu luminoso de Espirita velaba su sueño. Iba con él al *Bosque*, en su mismo carruaje, recostada en los mismos almohadones; al lado suyo.

Recordando un pasaje. Guy se preparaba para ir á un baile, una noche y Espirita, sin que él lo advirtiera, le observaba sonriente. Listo ya, envuelto en su gabán de pieles, Guy iba á salir. El carruaje esperaba abajo. Siente un ruido vago, una mano tímida y suave que se apoya en el teclado del piano abierto y produce una nota

que se queda vibrando. Guy vió á Espirita que le sonreía y que con voz suplicante, le dijo: "No salgas". Y Guy no salió ya. Se quedó con su sombra amada.

El final del libro es triste; pero á uno que ha seguido paso á paso á Guy, sus deseos de morirse para ir en busca de Espirita, sus ansias y sufrimientos, suspira satisfecho al imponerse del final. Guy murió en Grecia, á lancetazos. Cuando moría, su *cicerone*, escapado por milagro del poder de los salteadores, vió desde su escondrijo, una aparición, una hermosa mujer, que ponía sus manos sobre las heridas de Guy, como un lenitivo, y que al morir se llevó su alma al cielo.

Dejemos á Gauthier la palabra. El nos contará como Guy y Espirita fueron felices en el espacio. Un amigo de Maulivert, el Barón de Feroe, tuvo la visión, en momentos que sucedía en Grecia lo arriba apuntado.

"En el centro de una fosforescencia de luz que parecía nacer del fondo del infinito, dos puntos de mucho más intenso esplendor, parecidos á diamantes en la llama, titilaban, palpitaban y se aproximaban, tomando la apariencia de Malibet y de Espirita. Volaban el uno al lado del otro, con celeste y radiante alegría, acariciándose con las puntas de sus alas y gastándose divinas bromas.

"Fueron acercándose más y más y, como dos gotas de rocío que ruedan por la misma hoja de azucena, acabaron por confundirse en una perla única."

Y hay una hermosa resignación, un deseo ardiente, en esta última frase del libro, que Gauthier pone en boca del Barón de Feroe: "¿Y yo cuánto tiempo habré de esperar?"

¡Qué final! ¡Qué puesta de amores imposibles, tan envidiable!

Gauthier en todo el *romans* se mantiene á una altura digna de su inmensa reputación de artista refinado y exquisitamente sutil. Sabe llevar, á mil maravillas, la atención del lector por todo el libro, con suavidad, enseñándolo todo, procurando no cansar el ánimo ni hacer decaer el interés. Y salió victorioso. "Espirita" es para mí una de las novelas más queridas, de las que leo siempre que tengo ocasión y la que siempre me produce sensaciones nuevas.

¡Estamos, amigo? Un nuevo cigarrillo, una nueva copita de chartreuse y en marcha. Oseece ya y la sombra anega todo el vívido paisaje que forma el jardín, bajo las caricias de la Primavera.....

—Señorita:

Buscad el libro de Gauthier y leédo. Veréis como se goza, como no lo soltáis de las manos hasta no concluirlo. Vuestra imaginación, traviesa libélula, que vuela de botón en botón y nunca sacia su sed de mieles, se sentirá cautivada cogida en esa red. Os lo aseguro. Momentos después de cerrado el libro y arrojado sobre el velador, quedarán vagando ante vuestra vista

toda esa confusión de cuadros luminosos; y de entre la apoteosis paradisiaca, surgirá la bella y etérea Espirita que os sonreirá con benevolencia. —¡Hasta luego, amiga!

CONDE PAÚL

Violetas

Si al pasar junto á mí, siempre altiva,
Por favor clava en mí la mirada
Y sus pasos escucho, y el dulce

Rozar de su falda;
Como un pájaro siento que quiere
Hacia ella escapárseme el alma
En un vuelo amoroso, y me digo:
¡Ah! si ella me amara!

Cuando miro la flor que en su seno
Agoniza de celos, ó el ala
Del soberbio abanico que besa
Su boca rosada;

Yo, que gozo mi amor ocultando,
Que no aliento ninguna esperanza,
Siento envidia, y de nuevo me digo:
¡Ah! si ella me amara!

¡Qué de cosas entonces sabría
Que ignoradas para ella ahora pasan!
Mis amantes delirios, mis horas
De insomnio, calladas;
Mis deseos en pos siempre de ella,
Mendigando una sola mirada;
Mis impulsos, que nacen y mueren,
De oírla, de hablarla.

Pero no, mis amantes ensueños,
Estáis bien en el fondo del alma.
Corazón, que no sepa ella nunca
¡Ay cuánto la amabas!
Un desdén te daría la muerte.
Esa reina es estatua animada.
Sólo puedes decir en silencio:
¡Ah! si ella me amara!

VICENTE ACOSTA

Brich

Así lo llamábamos, en la intimidad.

El prototipo, el espésimen legítimo del bohemio era él. Desgarrapado el traje, greñado el cabello, poblada y desmadejada la barba nazarena, era curiosísimo un retrato suyo, al crayón, dibujado por un su amigo pintor, hambriento como él, como Brich soñador y buen bebedor de absintio. ¡Qué rudeza de líneas las de aquel rostro burguesote y franco! ¡Qué pliegue de tristeza fruncía aquellos labios gruesos! Era de mirar obotargado; la frente tenía fruncimientos melancólicos.

Era un amable bohemio. Cuando le veíamos vagar por las calles cabizbajo, pensativo, metidas las manos en los bolsillos de su gruesa chaqueta de jerga, fumando su puro ordinario, le saludábamos cariñosamente. Ah! El bohemio era un buen amigo! A veces le invitábamos á tomar un *bock* de cerveza, donde Fink, el húngaro, sentados á la mesa, él, viejo, un "abuelo", entre la banda de muchachos alegres! Hablaba entonces. Hablaba mucho. El era músico. Miento. Poseía la armonía. Era sensible y sentimental; pero nunca había escrito nada. Pensaba mucho, mucho; pero á la postre no hacía nada. Era un ilusionado. Un cautivo de Mab.

¡Bohemio! ¡Cómo haciendo una fuerza imaginativa, traigo á la retina su silueta espantable! Buen bohemio... No lo hemos vuelto á ver; talvez viva refundido en su pueblo, en algún monte: Quien sabe! Talvez....

.... Oh! Lo recuerdo ahora! El nos hablaba de un su viaje, una *vueltecita*, decía él, á un país desconocido..... ¿Sería ese país la eternidad? De ese viaje no se vuelve. El tren nos deja siempre. Las maletas, quedan hechas en casa, en el cuarto todo desarreglado. ¿Haría Brich su viaje al otro mundo?

CONDE PAÚL

El monte azul

Fuerza es que en los cuentos los reyes y príncipes cazadores se extravíen en el bosque, y fuerza es que llegada la noche una luzcita que á lo lejos pestañea les guíe á la pobre cabaña, en donde una doncella hermosa y cuanto hermosa ingenua, aguarda el lance para irse á la grupa del caballero á ser soberana de un gran pueblo ó señora de un opulento ducado.

En este cuento quien se extravía en el bosque no es un poderoso emperador ni un espléndido señor de muchas tierras sino un hermoso cazador, que á pié y persiguiendo liebres se ha ido en pos de una que parece hechizada, porque la ha marrado diez veces, y á saltos y piruetas le lleva á donde Dios sabrá, pero que él no se cura de averiguarlo, hasta que no dé buena cuenta de aquel diablillo burlón ante el cual está pasando, hace dos horas largas, como indigno de terciarse su rica escopeta damasquina.

La noche llega, la lucecita pestañea en lo alto de una montaña, y á ésta se dirigen la liebre con sus saltos y el cazador con sus salvas.

—Alabado sea Dios—dice éste tocando á la puerta de la cabaña.

—Por siempre;—le responde de adentro una voz angélica, propiedad adorable de un ángel sin alas que acude á franquearle la entrada de aquel palacio encantado.

La niña es linda, el joven ardiente; la cena es generosa y el lecho grato. Sueña el cazador con los azules ojos de la serrana preciosa, y sueña ésta con los ojos negríssimos del garrido huésped.

La mañana es fresca, pero los labios hierven. Tienen sed de besos; y al fin, como cerca de allí se restregan en los picos sus deseos dos amantes palomas, cunde el ejemplo de amor, y restalla el rayo en los labios.

La cabaña se ilumina con luces de oro, las flores silvestres acuden en esencia á embalsamar aquel altar de amor, y las avejillas del bosque, en coros no ensayados, cantan el himno de victoria de la naturaleza inmortal.

Meses han trascurrido y el caballero no ha dejado un solo día la cabaña encantada. Un viejo monje de lengua y nívea barbo, el mismo que casó á Matilde con Malek Abel, el mismo que casó á Julieta con Romeo, el mismo que no tiene más que bendecir los amores de romance, bendijo la unión de estos dos amantes venturosos.

Menguando va ya la dulce luna, á modo de torta servida á niños golosos. La rústica niña no es tan lerda que no advierta el fastidio atroz que de su hermoso cazador se apodera. Varias veces ha sorprendido en sus antes ardiente boca, el boquete vil de la hartura matrimonial.

—¿Qué tiene mi amado, qué anhela mi señor! le dice con acento de ternísima queja.

Y él; sin devorar á besos su cuello divino; sin mirar siquiera aquellos sus ojos adorables, que parecían dos cielos que suplican, pensativo y suspirando le responde:

—Ves aquel monte azul que á lo lejos se empaña? Quiero ir allá. El verde perpetuo de esta montaña me hastía. Aquella es azul; qué bien se debe vivir en un monte azul!

—Verde es la esperanza, niño inconforme. La ilusión es azul, como hija de esa bella imposición que llamamos cielo. Aquí eres dichoso; aquí está la dulce realidad. ¿Por qué persigues la páfida mentira?

Y ella con melancólica dulzura, desflorando con las palabras los labios del ingrato, le decía:

Pero nada. A la mañana siguiente, el caballero se encaminó hacia el monte azul, que estaba lejos, muy lejos de la montaña verde en que dejaba su amor llorando su desvío.

Caminando, caminando, al fin llegó al pié de la montaña color de cielo. Pero, ¡oh sorpresa, oh decepción! Las tintas azules habían desaparecido y todo era verde, como el monte en donde dejaba á su amor con la tristeza de su ausencia. Miró hacia atrás, suspirando, y la sorpresa le arrancó un grito de despecho. El monte azul se había mudado. Allá lo veía, allá mismo en donde quedaba su amante muriendo de dolor.

Y dirigió el caballero sus pasos fatigosos hacia aquella cumbre, á la vez envuelta en la gasa celeste de las brumas, vestida de ilusión. Al llegar á la cabaña no salió á abrir la puerta la niña amante. Llamóla por su nombre, llamóla por los cien nombres tiernos que el cariño inventa, y ella no respondió.

La había matado su caballero ingrato con el hastío de su amor.

El palacito encantado estaba en ruinas y delante de la solitaria puerta brincaba la liebre

aquella, y entre saltos y burlonas volteretas al caballero le decía:

—Inconstante cazador; sígueme, y te llevaré á quien sabe engañar como tú:—¡al monte azul!

N. BOLET PERAZA

Rima

De sus crespas pestañas suspendida
Vi una brillante lágrima,
Y á través de ese líquido diamante
Yo pude ver el fondo de su alma.

Entonces descendió sobre mi espíritu
Un rayo de esperanza,
Y adiviné el profundo sentimiento
Que su inocente corazón guardaba.

ISAÍAS GAMBOA

Cuentos propios

LA LOCA

Arturo y yo paseábamos una tarde, cuando niños, por las afueras de la ciudad, hablando como siempre de nuestras ilusiones y de nuestras esperanzas, cuando apercibimos, escondida tras un verde follaje, una casita blanca, circundada de fragantes flores.

A su alrededor, cantaban muchos pájaros y revoloteaban muchas mariposas libando la miel en las corolas de las rosas pálidas.

Casi maquinalmente nos dirigimos á la casita. ¡Quien viviría allí? Tanta belleza, debía guardar una gran dicha!

Cuando hubimos llegado á uno de los corredores, que daban al jardín, nos quedamos sorprendidos. Una mujer de cabellos desgreñados, de rostro ajado, y de sonrisa dura y despreciativa, estaba allí sentada sobre un tosco banco de madera. Miraba fijamente al suelo con una inmovilidad de estatua.

Por un momento la contemplamos silenciosos, como queriendo leer en sus facciones lo que podría pensar aquella alma á quien cantaban los pájaros y perfumaban las flores. Una tristeza de tumba había en todo aquel contorno, interrumpida de cuando en cuando, ya por un violento batir de alas, ó por el trino de algún apasionado zenzontle, que esperaba anhelante la vuelta de su amada.

Nosotros, aunque niños, nos entregamos á sombrías meditaciones, que embargaban gradualmente nuestros espíritus. Porfin, Arturo, deseando romper aquel silencio que nos causaba miedo, dijo á la vieja:

—Señora, nos puede vender unas naranjas? Pero ella continuaba inmóvil, sin que pareciera

tener un átomo de vida. Nosotros nos miramos, como asustados, y sonreímos. Sonrisa mezcla de burla y de miedo. Dirijimos nuestras miradas hacia el tupido follaje y creímos ver tras los troncos de los árboles, ojos desmesuradamente abiertos que nos espiaban.

Queríamos huir, pero parecíanos estar enclavados á la húmeda tierra del corredor. Era un momento angustioso.

El mismo miedo, nos devolvió el valor.

—Señora, gritó más fuertemente Arturo, nos puede vender unas naranjas? Y nos aproximamos á ella cogidos por las manos.

La vieja, como movida por resorte eléctrico, se levantó dando un grito que nos sobrecogió de terror y que hizo volar con inmenso ruido de alas á una bandada de gorriones que dormían la siesta en el jardín!

“Miserables, dijo la vieja, venís á robarme el cadáver de mi hijo, más nó, no lo lograréis, antes tenéis que matarme.” Y se precipitó en el interior de la casa, en cuyo centro había una mesa donde se destacaba la figura de un cadáver de niño ya descompuesto y cayéndose á pedazos. Lo cubrió con su cuerpo y besándole en la frente le dijo: “Jamás te llevarán, verdad? No te irás de mi lado porque quiero morir contemplándote.” Y gruesas lágrimas surcaban por sus tostadas y rugosas mejillas. Luego, retándonos dijo: ¡Atreveos!

Nosotros arrancamos á correr hacia la ciudad, y dimos parte á la policía de lo ocurrido.

Al día siguiente los periódicos, daban los detalles sobre una madre que se había vuelto loca á causa de la muerte de su hijo y que por conservar no había dado parte á la autoridad. Decían además que la infeliz, había sido llevada al manicomio.

LUIS LAGOS Y LAGOS

Rosa Thé

Así la llamaban. Como la rosa de su nombre, Rosa Thé era pálida, débil; pero hermosa; una hermosura de porcelana quebradiza.

Había nacido en el tiempo jovial de Primavera. Sus padres vivían en un *chalet*, en el fondo de una provincia. ¡Linda casita, que se ocultaba entre los árboles, ceñida por un jardín primoroso! Allí había nacido, con las primeras lilas, con la llegada de las golondrinas blancas, con los primeros botones de las rosas. Y allí se había desarrollado, acariciada por aire puro, siendo su sangre de rosa y su piel de seda y sus sueños de oro.

¡Rosa Thé! ¡Qué lindo nombre llevaba esta señorita! No conocía París, no por faltarle comodidades allá, sino porque nunca había querido ir; siempre se había negado. El papá iba una, dos veces al mes. Tenía negocios. La Señora mamá se quedaba en casa, cuidando á la niña,

que pasaba todo el día en el jardín, jugando con sus muñecas, correteando.....

Y crecía. Y era pálida, débil, como la rosa de su nombre, pero hermosa como una Elsa, como una Julieta en botón.

Un día, papá dijo, estando sentados á la mesa, después de un viaje á París que duró medio mes y mientras ella soplabá su cucharada de sopa, para enfriarla:

—«Luego nos iremos á ciudad. Los negocios van malos, muy malos!»

Y á hurtadillas, se limpió una lágrima, con la punta de la servilleta y la mamá vió de un modo vagaroso y triste á la chiquilla que reía por haberse quemado los labios.—«¡Caramba, mamá! ¡Qué sopa tan caliente! Manón piensa quemarnos el estómago.» Y reía como una locuela y soplabá la cucharada.

¿Qué pasaba al señor Papá? Cosa corriente. Los negocios iban mal. Habían puesto dinero en una negociación, la cual había resultado mal. Habían perdido mucho dinero. El socio de la casa de comercio, le había dicho que era necesario buscar dinero á toda costa ó someterse á una quiebra. ¡Una quiebra! Eso le parecía al papá de Rosa una cosa fea. «¡No! venderemos el *chalet*! Tendremos un poco de dinero que nos ayudará mucho!»

A viva fuerza, Rosa dejó la casita de campo. El día que iban á partir lo pasó muy inquieta, viéndolo, observándolo todo, como queriendo llevarse todo dentro del alma. Lloró mucho.... Cuando entraron al carro, se echó en un rincón y no dijo palabra. Yba muy triste, muy triste. —«¡Cuando lleguemos á la ciudad, te llevaré al Almacén y te compraré muchos juguetes!»—le decía el papá.

Llegaron de noche á la estación y tomaron un carruaje. Rosa Thé vió aquellas hermosas calles por donde rodaban aquellas hileras de faroles encendidos, aquellos grupos de gente extraña que se atrevaban..... En su aturdimiento, pasaba sus manos por los ojos, como si soñase. Le parecía aquella cosa sobrenatural.

La nueva casa era hermosa. Había por allí mucho lujo, más que en el *chalet*. Había también un lindo trozo de jardín, pero no tan amplio, tan cundido, como el que acababan de dejar. Criados, vestidos correctamente, llevaban las maletas al segundo piso. ¡Qué lujo! El papá tomó de una mano á Rosa: «¡por aquí es tu gabinete! Por aquí, cerca del de tu mamá, cerca del mío!» Y la llevó á su gabinetito. Un nido de pájaro era él. Calientito, con su tapiz blanco, sus macetas de flores, con su lecho mullido y rosado..... Para una desposada! Y el novio, el gentil Príncipe Azul, ¿cuándo llegará? Quizá luego, talvez cuando llegue la nueva primavera.....

Fué necesario que la niña, que ya tenía quince años, quince mayos, hechos la más adorable de las estatuas vivas, se bajase el vestido. Un día la madre, cuando la niña estaba acostada, le dijo, llevándole un hermoso traje de rosa: «¡Te pondrás este traje. Dejarás á un lado las muñecas! Debes ser ya mujer formal. Irás á un baile, la

noche del domingo, con nosotros.» ¡Y le dejó sobre una silla el traje, el poema de un modisto. A la mañana, Rosa se vistió el traje rosado. ¡Oh! ¡Si la viesen los pájaros del inolvidable *chalet*! Si ocultándose las verdes hojas, la viesen las flores! No la conocerían. Estaba transformada en toda una mujer, que esperaba novio. Aquella tarde fueron al Bosque de Boulogne en un landó tirado por un soberbio tronco de potros ingleses. Y fué un triunfo completo. Todos los jóvenes de la *crème*, irresistibles, se fijaron en aquel'a jovencita, en la Lija de *Monsieur* Lelán, el banquero.

Los negocios iban ya brillantes. Un golpe de bolsa había traído de nuevo la completa felicidad á la casa. Se trataba del rescate del *chalet* vendido á un negociante, el que pedía entonces por él un doble valor. No más esto lo detenía. «¡Cuando la cosa marche mejor!»—era la frase sacramental, cuando hablaban, de sobremesa, del rescate de la posesión. «¡Cuando la cosa marche mejor!» Y marchaba bien. Los negocios siempre «resultaban.» Las ganancias eran bien bonitas. Se duplicaron los gastos; la servidumbre fué numerosa. Se compraron buenos carruajes y hermosos troncos, traídos directamente de Inglaterra y Andalucía. La familia Lelán recibía los martes de todas las semanas á sus amistades. Grandes, hermosas fiestas. Un *five o' clock* dado por los «señores» metió ruido en todo el mundo elegante. Los periódicos no se cansaron de elogiarlo. Una fiesta del siglo XVIII. Vivían en pleno mundo elegante.

A Rosa la pretendían muchos. Tenía lo menos cinco ó seis novios; pero á ninguno quería, en ninguno se había fijado. Jorge Lineaur, era irresistible. Un rubio valioso, que nunca se quitaba de encima el *smokin* ni el *clac*. Román de Stinger, era un millonario. Era un moreno simpático, objeto mimoso de las *demi-mondains*. Y más.... Era pariente lejano del socio *foe totum* de la casa Lelán, del honorable señor Baker, inglés, honrado á carta cabal, culto y amable. Botaba mucho dinero. En el hipódromo, en el tiempo de las carreras de caballos, hacía fuertes apuestas. Un día apostó con la hermosa Duquesa de Marting, un opulento solitario que se ostentaba en el escaparate de la joyería de Lewin, en contra de un beso que ella le daría en los labios. Era su costo ochenta y cuatro mil francos. Otra vez, perdió cien mil francos, á favor de un conde ruso. Entre los *sportman*, era el que llevaba probabilidades de ganarse la mano de Rosa. Había entre los pretendientes, un poeta, un forjador de idilios, adorador de los madrigales..... ¿Llevaría este probabilidades de triunfo? Al corazón de una mujer sensible llega un verso delicado, y embriaga, como embriaga el perfume de azahar, como emborracha la oleada suave é intensa del corilopsis tierno. ¡Un poeta! ¡Bobalicón!

Perdía el tiempo miserablemente. Una mujer, despreocupada, fría como el mármol, no sentiría jamás el estremecimiento nervioso que produce el ritmo cadencioso de un verso de amor.

Rosa Thé iba poniéndose, día á día, más her-

mosa, más ideal. Era un blanco mármol palpitable que bañaba un rayo de luz.

La larga y poblada cabellera, que caía ligeramente sobre los hombros y las espaldas, era negra. Los ojos, negros también, de un mirar vago é indeciso. Alta y delgada, vestida de blanco, era una linda imagen, propia para ser copiada en un lienzo por un pintor famoso. Una reina que pasa altiva entre su corte de flores. ¿Y no amar?

Nunca le habían puesto en manos una novela. No conocía á los autores de moda. Daudet le era desconocido; á Pierre Loti nunca lo había ojeado siquiera. Lo único que leía con religiosidad eran las crónicas elegantes y mundanas de Aurelien Scoll y Catulle Méndez. E sí. Que tal ó cual velada había estado magnífica, que tal salón era opulento, que el color de moda era el blanco, el marrón, el lila, . . . que la flor de ordenanza para el ojal era la violeta, la gardenia menuda, la miosotis, . . . que la tal Condesa ó el Marqués cuál estaban enfermos. . . . Noticias de mundo elegante, menudencias sibaritas. Tenía al dedillo todo París galante.

Pasaba el día entero entretenida en quehaceres domésticos; en repasar su ropa blanca, en estudiar al piano una nueva fantasía, el último vals, la polka de novedad; cuidaba de sus pájaros y de las macetas de flores de sus balcones. Y besaba mucho, mucho á su mamá y ayudaba al papá á contestar las cartas íntimas de familia, de las cuales no deben imponerse otros.

El *chalet* fué restituido. ¡Que gusto causó la noticia á Rosa!—¡Papá! ¿Nos iremos luego á allá?—le preguntaba, sentándosele como una chiquilla, en las rodillas y besándole. “¡Sí, hija mía! Nos iremos luego. Al entrar la primavera”

Y la primavera llegó. Una mañana tomaron el tren.

Los periódicos regaron la noticia. “Nuestro amigo el acaudalado banquero, señor Enrique Lelán ha partido de temporada, acompañado de su apreciable esposa y su hermosa hija”—Esto decía “Le Gil Blas”, en su maremagnum de noticias variadas.

Rosa estaba contentísima. Iba á recorrer de nuevo el lugar donde había trascurrido su infancia, el lugar lleno de flores, donde había nacido, un día de Mayo. ¡Oh! Y le decía á su mamá, mientras el tren corría: “mamá; ¿verdad que nos quedaremos ya allí? París me aburre!”—“Sí, hija mía, como tú quieras.”

Llegaron. ¡Qué lindo estaba el jardín bajo las caricias del Abril! ¡Qué sugestiva la blanca casa, oculta entre árboles y enredaderas tupidas, esmaltadas de flores! Las avenidas estaban lo mismo; no habían cambiado para nada, ni un solo detalle. Los grupos de rosales estaban bien hermosos, los cuadros de violetas, opulentísimos, los naranjos, tupidos de azahares nuevos. . . Y los cisnes blancos y los gansos grises siempre posados en el borde de las pilas de bronce y los aleros siempre llenos de palomas. Luégo, la casa había sufrido algunas renovaciones; se le había agregado un pabelloncito, ligero, de estilo morisco al lado izquierdo, que daba á una hondonada

cubierta de viñedos.” ¡Qué lindo! ¡Qué precioso!”, no se cansaban de decir á cada instante, mientras lo recorrían todo. Y corrió el tiempo. Rosa-Thé no quería volver á París, ya nunca más. Cuando llegaban los periódicos, cogía los paquetes y se iba á una glorieta, á echarse sobre el césped y leer, leer rápidamente, á saber de París, que estaba allá, muy lejos.

Pasadas algunas semanas, el señor Lelán se despidió de su familia, porque reclamaban sus negocios la presencia en París. Partió sólo. La mamá y Rosa se quedaban. Les habían dicho que no se moverían de allí, que allí vivirían. “¡No nos gusta París! No iremos más!”—decían al abrazar por última vez al señor Lelán, que tomaba el tren.

Y fue así.

Rosa-The pasaba vida deliciosa en el campo tranquilamente, recordando su estancia en París como un sueño. Siempre pálida vestida de blanco, paseando entre las flores, era un lindo asunto para pintor. Y delgada, alta, hermosa: una hermosura de porcelana quebradiza, un *bibelot* de Nuremberg.

ARTURO A. AMBROGI

Lied

Oh mi novia adorada,
Oh mi pálida reina,
Oh musa inspiradora de mis cantos,
Mi tímida violeta,
Los genios impalpables de la noche
Dijéronme tus quejas,
Tus dudas, tus delirios,
Y todo lo que piensas
De mí.
¡Oh Virgen casta,
Si tú, si tú supieras
Cómo, en mis largas horas
De profunda tristeza,
He escrito tu nombre idolatrado.
Y he besado sus letras,
Repitiendo muy quedo: “Te amo, te amo,
Como ninguno te amará en la tierra!”—
Tal vez, tal vez me amaras
Mi virgen hechicera,
Mi novia encantadora,
Mi tímida violeta!

J. ANTONIO SOLÓRZANO

Cuentecito

PARA “EL FIGARO”

Te lo he dicho varias veces, amiga mía:
Tienen alma las flores; sienten y piensan como
los pobres mortales.

Por la noche se cuentan secretos íntimos con los geniecillos que vuelan en el ambiente perfumado.

Cierta noche de verano me paseaba en el jardín de una aldea. Oí cierto rumor tenue, flotante, delicado, algo como vocesitas de ángeles. Me incliné para escuchar con más atención, ¡y no te admire! Oí un diálogo inimitable en el lenguaje rudo de los hombres.

Un Elfo, sentado sobre una hoja, recitaba lindas leyendas orientales á una preciosa Margarita de los prados, la que lo escuchaba con alma, vida y corazón.

El geniecillo les contaba como la flor de lotho abre sus pétalos satinados para saludar á la luna llena en orillas del sagrado Ganges.

Después le dijo que una princesita del imperio de las hadas, del tamaño de un grano de ajonjolí, tenía un precioso palacio cuyos muros eran hechos del pétalo de un lirio; por lecho tenía la corola de un precioso myosotis. Una arañita azul tegía las blondas con que se forjaba sus trajes, la princesa, que se alimentaba de gotas de rocío que pendían, lágrimas de la noche, del follaje verde de los rosales.

II

Era una tarde pálida y triste del invierno aterido. El cielo gris, el horizonte negro.

En el jardín, tiritaban de frío las pobres flores.

El *Forget me not*, á pesar de ser hijo del frío país del Norte, envuelto en su verde capuchín, tiritaba y bebía grandes sorbos la cerveza que la *Datura*, dueña de la fonda de enfrente le servía.

Como buen alemán que había leído "La Razon Pura", dióse á filosofar.

Cuando se tiene hambre se sueña con opíparos festines; cuando se es pobre, con inmensas riquezas; cuando desgraciados con la felicidad y cuando se tiene frío, frío en el corazón y en el cuerpo, con cielos tropicales, con campiñas doradas por el sol y con un poquito de calor de hogar al lado de un ser que nos consuele y que nos acaricie.

El *Forget me not* daba vueltas á su magín calenturiento. El necesitaba amar á una alma cariñosa que compartiera con él las penas y las tristezas de la vida floral. Meditaba.

Tanto dió al manubrio, que al fin encontró la nota que buscaba.

—Sí, se dijo, esto es un hecho. ¡Porque antes no había dado en el clavo?... Ella es humilde, casta y modesta. Envuelta en su manto de esmeralda tiene vergüenza hasta de ver el sol. ¡Valor! hoy la pediré su mano!

Pocos momentos después dos silfos, caballeros en mariposas de luz, tomaban camino para una ancha avenida.

Llegaron á un extremo del jardín, donde en verde follaje vivía la preciosa novia.

Se ruborizó al oír el mensaje de *Forget me not*, y manifestó que ella, americana y con el rostro quemado por el sol, era indigna de ser la compañera de Von Myosotis.

Volvieron los mensajeros y al saber la contestación.

—Id y decidle, dijo, *Forget me not* que yo busco alma, busco corazón, busco amor, y que las mujeres de mi patria saben mas de Botánica y Teología que de amor.

Desde entonces, amiga mía

Verás que en todo jardín
Viven en dicha completa,
La perfumada violeta
Y el azul hijo del Rhin.

JUAN MARÍA CUELLAR

A Jesús

Con la amargura de la cruz, sin tino,
Vas, las pupilas en el cielo puestas,
Vagando del Calvario entre las crestas
Por fatigoso y áspero camino....

Subir, siempre subir, es tu destino;
Pero subir con una cruz á cuestas,—
Con esa cruz que fue el baldón de Jestas
Y el signo triunfador de Constantino!

Debes de trabajar hasta que yertos
Caigan esos al fin, déspotas bravos,
Bravos con los cautivos y los muertos....

Y así en la redención de los esclavos,
Para que estén tus brazos siempre abiertos
¡Llegan á sujetártelos con clavos!....

JOSÉ S. CHOCANO

Lima, 1894.

Notas

A LA FAMILIA AGUILAR damos nuestro más sentido pésame con motivo de la muerte de doña Abelina Lagos de Aguilar, ocurrida en 28 de diciembre próximo pasado.

RUBÉN DARÍO.—De Alajuela, Costa-Rica, fué anunciada en días pasados, por un telegrama dirigido al señor director de "El Repertorio Salvadoreño," la muerte de este notable literato centroamericano, acaecida en Buenos Aires, donde residía.

Esperamos la confirmación de la noticia.

EL "CIRCO ESCOSÉS" (Empresa Vda. Poission, Salvini y Wallace) Dará muy luego su primera función. Les deseamos que la temporada sea buena, es decir, que le caigan muchos colones.

Imprenta Nacional